MANUEL GÓMEZ ANUARBE

ELIXIR 19 EN EL JARDÍN DE LA TRINIDAD

EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
—COLECCIÓN ANAQUEL DE PENSAMIENTO Nº15—
MADRID • MMXX

EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © MANUEL GÓMEZ ANUARBE

De la edición © EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
www.cuadernosdelaberinto.com
Dirección de la colección: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Primera edición: Septiembre 2020
I.S.B.N: 978-84-122076-7-5
Depósito legal: M-23581-2020

Impreso en España.

EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

www.cuadernosdelaberinto.com

Al Jardín Alquímico de la Trinidad

EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

ÍNDICE

Prólogo ..... pág. 9

Magnum Opus ..... pág. 17

Nigredo ..... pág. 25

Albedo ..... pág. 39

Regreso a *Nigredo* ..... pág. 51

V.I.T.R.I.O.L. ..... pág. 61

Citrinitas ..... pág. 73

Piedra Filosofal ..... pág. 87

Rugedo ..... pág. 101

Vanitas ..... pág. 107

No es oro todo lo que reluce ..... pág. 115

Esfinges, pirámides y laberinto ..... pág. 123

Adán y Eva ..... pág. 135

Con la cara tapada ..... pág. 147

EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

PRÓLOGO

Muchas personas, como yo, nunca hemos vivido en tiempos de guerras o de pestes, que perturbaron las mentes y acabaron con la vida de millones de personas. Las diez plagas de Egipto, las pestes bubónicas medievales, la viruela, las trincheras de la Primera Guerra Mundial, los exterminios de Hitler y Stalin en Europa, los de armenios y kurdos en Oriente Medio, los de los camboyanos por los Jemeres Rojos o los más recientes en los Balcanes, nos parecen ya de un pasado irrepetible, a pesar de que las guerras en Irak, Siria, Yemen y en otros muchos lugares sigan matando gente o enviando

EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

a los que logran huir a campos de refugiados, donde la preocupación más importante es la supervivencia. Los libros, el cine o los relatos de quienes padecieron o siguen padeciendo tanto sufrimiento no consiguen conmovernos. Son relatos referidos a los demás que, como la muerte, preferimos ignorar. Tengo la impresión de que las guerras del presente y del futuro serán guerras bacteriológicas, sin que por ello las guerras locales tradicionales vayan a desaparecer. Todas las guerras, sin embargo, cogen a la gente siempre desprevenida.

Hoy, domingo 15 de marzo del año 2020, se ha declarado en España un «estado de alarma» por la amenaza para la salud de los habitantes de nuestro planeta de un peligroso virus y los españoles han reaccionado, alarmados, permaneciendo en sus casas por decreto gubernamental. Hoy en día casi todo se hace viral, rápida e inesperadamente, como en los vídeos en las redes, a semejanza de los auténticos virus.

El «estado de alarma» es también un estado de sobresalto, inquietud, zozobra, incluso de terror, aunque las palabras suelen ser engañosas, como en este caso, que fue precedido por un «estado de contención», seguido de un «estado reforzado de contención», como eufemismos previos al «estado de alarma», que no habían preparado a la población para lo que podía significar un confinamiento en soledad por un tiempo poco definido. No olvidemos que muchos hacen caso omiso de los presagios y desdeñan las estrellas hasta que es demasiado tarde.

No puedo imaginarme cómo hará frente al aislamiento, en sus casas, la mayoría de las familias, poco acostumbradas, en general, a quedarse en ellas. ¿Y yo?, ¿cómo lo haré?

Siempre me ha parecido que los nombres de las cosas nos cuentan mucho de su contenido, y el virus «Corona» no parece ser una excepción. Su parentesco con la monarquía va acompañado del ro-

EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

tundo número 19, cuyos dígitos suman 10, que es sinónimo de unidad. ¡Bienvenida la magia! Elocuencia de los números. A falta de otra cosa, me aferro a eso. Sigo. Lo más interesante es su representación en forma de esfera planetaria, nuestro planeta tierra, con protuberancias en forma de chupetes. Parece que todos tendremos que chupar, niños y ancianos, pero obligatoriamente y de manera escalonada. La monarquía se quedará exhausta, si es que resiste a tanta prole hambrienta.

Los científicos se han puesto a trabajar y ya han descubierto su genoma. Pero mientras llegue el antídoto tendré que empezar a desarrollar, para sobrevivir, el mío propio. Experimentaré en el Jardín de la Trinidad hasta conseguir el elixir.

No tendré más remedio que hacer frente a un hecho que toda mi vida me ha rondado por la cabeza. Muchas veces me he preguntado cómo sería mi vida si el único habitante del planeta fuera yo, obligado a vivir solo, absolutamente solo. Solo y sin saber por cuánto tiempo, quizás para siempre. ¿Cómo me enfrentaría al mundo que me rodea? ¿A los animales, a las plantas, al cosmos y, sobre todo, a mí mismo?¿Tendría miedo o estaría simplemente «alarmado»? ¿Dónde viviría? ¿Qué comería? ¿Cómo pasaría mi tiempo?

De niño tenía un sueño recurrente que me producía pánico. Caía por el aire a gran velocidad durante un tiempo que parecía no tener fin. Era una caída por el espacio infinito, un infinito que, por incomprensible, me obsesionaba. En clase de matemáticas, este signo, en forma de una especie de doble elipse, me hacía pensar en una soga atada por sus extremos que me atenazaba y me lanzaba, aterrorizado, a escudriñar el universo con ella, en lo que parecía una montura de gafas sin cristales, para que pudiera observar su infinitud en un enfrentamiento directo y al mismo nivel.

EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

Este sueño de infinitud, probablemente provocado por mi falta de credulidad en un Dios infinito, se oponía al deseo insaciable de fantasías de mi imaginación, pero en un marco limitado y no infinito. La imaginación suele volar creando, pero se impone límites para poder hacerlo.

De adolescente, en el colegio, una vez al año, hacíamos «ejercicios» espirituales. A mí me encantaba el cambio de rutina, la lectura al aire libre de «obras piadosas» que hablaban de pureza y masturbación, mientras indagaba en silencio y soledad en qué consistía la introspección de la que nos hablaban los jesuitas con arrobo, mientras las campanas tocaban a muerto. Debo reconocer que Ignacio de Loyola fue un gran maestro de la manipulación. El método debió de funcionar porque me ha ayudado mucho a lo largo de mi vida.

Algunos años después, cuando vivía en París, la idea de si era capaz de vivir absolutamente solo ya me rondaba la cabeza. Era joven, ganaba mucho dinero, viajaba y participaba activamente en la vida social e intelectual parisina. Mis amigos eran escritores, cineastas, pintores, psicoanalistas, muchos psicoanalistas, y todo tipo de intelectuales y artistas que frecuentaban la ópera, los conciertos, los teatros, presentaciones de libros, asistiendo con frecuencia a reuniones en las que durante la cena se hablaba con asombrosa familiaridad de Lacan o Freud, Callas o Berganza, Arrau o Rubinstein, Picasso o Matisse, Sartre o Duras y se recitaban de memoria párrafos enteros del Libro Rojo de Mao, todo ello aderezado con los habituales tópicos de películas, viajes y búsqueda de piso.

Ante la proximidad del verano, un grupo de amigos decidimos pasar las vacaciones juntos. Uno proponía viajar a la India, mientras otros preferían Perú o Canadá y yo me inclinaba por Siria. Alguien sugirió desplegar un mapa del mundo y lanzar un dado sobre él con

EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

la condición de aceptar el resultado. Nos quedamos estupefactos cuando el dado se colocó sobre Yemen. En aquella época este país se hallaba dividido entre Yemen del Norte y Yemen del Sur y a este último no se podía viajar. Los ingleses habían tenido que abandonar Adén a toda prisa, desconcertados por su derrota, sin apenas tiempo para llevarse el cepillo de dientes o una bolsita del perfumado café de Moka.

Unos días después nos contaba con humor una galesa de nuestro grupo el silencio en que se había sumido su madre después de haber sido informada sobre el destino de sus vacaciones. Mientras hablaba con una amiga por teléfono le oyó que decía: *Apparently she is going to Ethiopia and Beyond* (Creo que se va a Etiopía y Más Allá). «Aparentemente» no podía pronunciar la palabra Yemen. Se le hubiera atragantado.

Y, efectivamente, fuimos a Yemen en un avión que hacía escala en Adís Abeba, antes de tomar otro hasta el puerto de Assab, en Eritrea, y posteriormente, un tercero, muy pequeñito, que aterrizó en el aeropuerto de Taíz, en lo que parecía un campo de maíz. Tuvimos que saltar del aparato a tierra y en aquel momento pensé que nunca más podría salir de allí. Después de recorrer este país, que Pasolini retrató en sus Mil y Una Noches, me di cuenta de que ya nada sería lo mismo.

De regreso a París me obsesionaba la idea de volver a Yemen para vivir definitivamente allí. Estaba muy cansado de la intensa y monótona vida intelectual y solo deseaba fundirme en el «pensamiento primitivo o salvaje» del que hablaba Lévi-Strauss. Necesitaba probarme a mí mismo si era capaz de vivir solo o, por lo menos, sin el contacto de mi propia cultura. Las cosas, sin embargo, nunca suelen salir como uno piensa, y el destino me llevó de la mano a Riad, en Arabia Saudí.

EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

Hace poco tiempo publiqué un libro sobre la historia de los ermitaños haciendo hincapié en los estrafalarios ermitaños ornamentales, indagando, desde la teoría, las variadas razones por las que una persona decide abandonar el mundo en sociedad para retirarse a la soledad. Fui incluso más allá. A la cárcel. Deseaba provocar un encuentro directo con aquellas personas obligadas a estar confinadas en una prisión, como son los reclusos. Quería saber cómo hacen, qué sienten, cómo controlan o dan libertad a su mente y conseguí, con perseverancia, obtener el permiso de las Autoridades Penitenciarias para hablarles de los huertos como forma de rehabilitación. Podrían así, les dije, obtener una pequeña retribución y un posible empleo a su salida. En realidad era una disculpa para poder hablar con los reclusos sobre el asunto que me interesaba, que era el tema de la soledad a través de la unidad entre naturaleza, huerto, jardín y nosotros mismos, una unidad muy difícil de alcanzar. Parece que quedaron encantados y con «mono». Yo también.

En este «estado de alarma» en el que me encuentro, por fin voy a tener la ocasión de experimentar la soledad y escudriñar mi mente. A menudo vivimos historias mitológicas sin saberlo, como ésta del confinamiento, sin ser conscientes de que son repeticiones de antiguos mitos que nos cuesta reconocer. Mitos o no, tendré que preparar un programa, un horario quizás. No lo tengo claro. Esto es todo lo que hay, el sendero acaba entre el perejil, dice un proverbio chino, y otro corrobora que lo que existe es lo que está sucediendo y lo que está sucediendo no es nada en particular.

Afortunadamente mi confinamiento tendrá lugar en mi Jardín de la Trinidad de Uclés, un pueblecito de apenas doscientos habitantes que, por su avanzada edad, pisan poco las calles, que suelen estar desiertas, especialmente en el barrio del Cuerno, que es

EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

adonde el destino me mandó. Digo «mi jardín», no porque sea su propietario, que lo soy, o porque lo haya hecho yo, que también, sino porque Yo formo parte de Él. Él soy Yo y Yo soy ÉL. Sí, suena muy religioso. Como las plantas, las aves, el agua, los sapos, las estrellas o los mosquitos, yo formo parte de todo el sistema cosmológico que se halla representado aquí, en este jardín. De lo contrario, la espiritualidad inherente a mí, como al resto de los seres humanos, quedaría rota y carecería de sentido alguno por unos valores contrarios al orden de la naturaleza, convirtiendo a ésta en una «tierra baldía».

Cuenta el Evangelio de Tomás que le preguntaron a Jesucristo cuándo llegaría el Reino, a lo que éste respondió: No llegará tras una espera; está aquí ahora. El Reino del Padre se extiende sobre la Tierra y los hombres no lo ven.

Siguiendo estas palabras trataré de que no sea un confinamiento, sino un discurrir en el constante devenir de todo lo que me rodea y, al mismo tiempo, mi propia transformación. Ese será mi propósito. Vivir el presente, consciente de su finitud, como hacen las insignificantes flores amarillas de las parrotias mecidas por el viento o los bebés de paseo en su cochecito. En el momento de la desgracia es cuando uno se acostumbra a la verdad, es decir, al silencio. No creo que haya recetas y deberé encontrar mi propio camino. La Vía que puede ser nombrada no es la Vía, decía sabiamente Laozi.

EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

MAGNUM OPUS

EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

MAGNUM OPUS

Los alquimistas llamaron a la alquimia *Magnum Opus,* La Gran Obra, que no solo consistía en el proceso de transformación de metales, como el hierro o el cobre, en oro, sino, sobre todo, en la transformación del individuo para alcanzar la sabiduría, basada históricamente en el principio aristotélico de que todo en el universo tiende a perfeccionarse. Se trataba de conseguir la identificación personal con cada elemento del cosmos, cuando nuestra mente y nuestro cuerpo se funden con la tierra, las plantas, los animales, las estrellas, los agujeros negros y lo que pueda haber más allá. Es como alcanzar el equilibrio en la dualidad vida-muerte.

EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

Pero, ¿cómo alcanzar una meta tan sublime y romántica cuando no se es alquimista? Para empezar, creo que debo plantearme cómo y en qué voy a ocupar esta aparente absoluta disponibilidad. Todos sabemos que nuestra mente tiende a dispersarse y necesita disciplina para poderle prestar la atención necesaria en el proceso de indagación de lo que está ocurriendo en ella y ella soy yo y no soy al mismo tiempo.

No sabemos cómo ejercían esa disciplina los ermitaños de la tebaida durante tantas horas del día y de la noche, además de sus rezos y una estricta dieta, pero conocemos los sabios cánones que estableció san Benito para que los monjes medievales no se dispersaran y pudieran concentrarse en sus tareas dedicadas a Dios. Siguiendo el *Libro de los Salmos* de la Biblia dividió el día en siete partes, para seguir el precepto que decía: *Siete veces al día te alabaré. Maitines*, antes del amanecer; *Laudes*, al amanecer; *Prima,* la primera hora después del amanecer, hacia las seis de la mañana; *Tercia,* la tercera hora después del amanecer, hacia las nueve de la mañana; *Sexta,* mediodía; *Nona,* alrededor de las tres de la tarde; *Vísperas,* tras la puesta del sol; *Completas,* antes del descanso nocturno.

Con esta disciplina de horario para los rezos consiguió que sus monjes se concentraran en su dedicación a Dios. Pero aún así, presintiendo las dificultades de la soledad, diferenció lo que llamó *Horas mayores* de las *Horas menores,* obligando en las primeras a realizar las plegarias en comunidad y en la iglesia. Así fueron apareciendo místicos, cuyas experiencias han tratado de transmitirnos, pero solamente lo han logrado de una manera poética.

Budistas y taoístas también practican la soledad en contacto directo con la naturaleza. Al igual que los monjes cristianos son de una gran frugalidad y su disciplina se concentra en el control de la respiración durante los ejercicios físicos, que permitan la supresión del

EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

deseo, y la recitación de *mantras* para su fusión con el universo hasta conseguir liberarse del sufrimiento y del ciclo de renacimientos.

Desgraciadamente no estoy en ninguno de los dos casos. Me inclino más por el ejemplo de los alquimistas y trataré de comprobar si su método funciona. Por lo menos, no pierdo nada por intentarlo. Tengo que asumir que vivo en un mundo de eternidad en un tiempo y un espacio que no comprendo, inmerso en un cosmos que se renueva constantemente y me aferro a la idea de que mi desaparición todavía está lejana.

Estableceré un horario y un calendario para saber los días de la semana y las tareas a realizar, incluyendo el ejercicio físico de lo que antiguamente se llamaba gimnasia sueca, aunque la gimnasia, sin otro propósito que el simple ejercicio, me aburre. Los griegos por lo menos competían, eran jóvenes y estaban orgullosos de mostrar su belleza ante un auditorio agradecido.

Las ocho de la mañana para mis *maitines* me parece una hora razonable. Abluciones y desayuno, mientras se carga el móvil, después de haber revisado los mensajes y algún vídeo que parezca excepcional, podrán permitir que me ponga a trabajar a las nueve de la mañana. ¿En el jardín, en este libro o de las dos maneras? Suelo encontrarme más despejado por la mañana temprano y con ganas de escribir, pero me perdería un paseo de homenaje al jardín. Flexibilizar las actividades o incluso intercambiarlas podría ser una solución, pero no sé si es buena idea. ¿Y qué hacer para no perder el tiempo en trivialidades? Sentirlo en toda su lentitud suena muy bien, pero no sé si lo conseguiré.

He decidido empezar por la escritura, completando lo que podría ser el índice, y me he animado a decir cosas que podrían formar parte del prólogo. Tratar de explicar el nombre y la razón del libro, de la escritura, de mi existencia y confinamiento, en fin, hablar de TODO y

EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO